

En memoria de Benjamín

Leo que ha muerto Benjamín: Benjamín, el bedel o conserje del Instituto de Ponferrada. ¿Para qué voy a engañarme? Con tal suceso he dado un paso hacia la muerte mía. Un paso pequeñito, insignificante, que no se nota a simple vista: pero irreversible, definitivo. Pues nadie se muere de repente, sino poco a poco: a medida que se va despejando el contorno humano que nos daba sombra y uno va replegándose al rincón profundo de los recuerdos.

Si para muchas promociones de ponferradinos fue familiar la figura de Benjamín -pues con él tenían trato diario- a nosotros, los rapaces de ingreso de Villafranca, se nos aparecía con el nimbo de lo lejano, por no decir de lo legendario. Íbamos por libres, y tal circunstancia nos hacía mirar todo lo del Instituto con ojos de admiración. Cuando se lleva pantalón corto y ello acontece hacia los años treinta. Ponferrada está mucho más lejos que lo que ahora nos parece.

Ya de párvulos se nos decía que iríamos a examinarnos a Ponferrada si nos aplicábamos. Hasta un día solemne en que se trastornaba el horario de la clase y Don Manolo advertía:

-Hoy hay que hacer las instancias. Pues al Ilustrísimo Señor Director del Instituto de Ponferrada, que imaginábamos con barbas (y creo que las tenía), había que dirigirse de puño y letra, sobre un pliego de papel sellado, y era previsión normal la de comprarse un cuadernillo, porque varias hojas caerían estropeadas sin remedio por la emoción y por aquellas plumas que se obstinaban más que nunca en echar borrones.

«... Cuya vida guarde Dios muchos años». Al llegar aquí, venía invariablemente uno de los veteranos a aconsejar con malevolencia:

-Hay que poner «... muchos años debajo de una losa».

Salíamos temprano, en el tren o en el coche de línea. Con nuestros trajecillos mejores. Con encargos para parientes y amigos de Ponferrada. A mí, como era en junio, me cargaban con un regalo de cerezas:

-Tú pregunta por Barredo, el de la ferretería. Y mucho cuidado, hijo...

La primera vez que llegamos a Ponferrada conocimos a Benjamín. Tenía una cara

agradable, muy afeitada. No sé cómo no se cansaba de contestar a nuestras preguntas. Andábamos nerviosos y asustados, y una y mil veces queríamos asegurarnos de en qué aula sería el examen, de si teníamos en orden las papeletas. En cambio éramos disciplinados y manejables; más, seguramente, que los oficiales. Se comprende.

Después del ingreso seguíamos viendo a Benjamín durante los seis o los siete años de nuestros exámenes por libres: siempre en junio, y a veces, ¡ay! por los días festivos de septiembre. Andábamos ya como unos hombres hechos y derechos, de pantalón largo, fumando los primeros canarios por los pasillos del caserón de la plaza, alternando la emoción de los exámenes con los incipientes vinos en el mostrador del Turco. Nos íbamos sintiendo más seguros, pero nunca como los de Ponferrada, los oficiales, que al Instituto le llamaban el Insti (nosotros, jamás), llevaban trajes a la moda con muchas trabillas y se llevaban a las chicas de calle.

Por entonces era ya Benjamín nuestro amigo, y no raramente nuestro consejero. Él nos veía crecer de junio a septiembre, de septiembre a junio, hasta que la pena de nuestra marcha definitiva era remplazada por la llegada de otras caras nuevas y admiradas.

Leo que Benjamín ha muerto, pero yo lo estoy viendo vivo como nunca en mi memoria, con su eterna sonrisa que ahora hará muy buen papel en el dominio de los Ángeles.

Antonio PEREIRA